

Saúl Ibargoyen

Poemas

Alzamientos

Como raíces callejeras que levantan las piedras
o brazos desde lo adentro
que rompen una baldosa casi triste
o ramajes del abajo oscurecido
que con uña avanzando pueden agrietar
las sustancias del cemento:
de éste y no
de otro modo rutinario
que se afirma entre silencios
de posible entremezcla
o de fibras jugosas entrelabiadas bebiéndose:
de ésta y no
de otra manera vulgar
que talmente se agarra a probables chillidos
de entrescuchadas tendencias al derrumbe
o al crecimiento hacia el fondo
de goterones minerales:
así éstas y no más opciones
poseídas por una especie de carne morada
meneándose y roturando entretelas y salivas
que aquí alzan el papel
y aquí se instalan.

© Saúl Ibargoyen Islas
El Paso, Texas, III/2001

Saúl Ibargoyen

Poemas

Morir en Medellín

(al uruguayo Carlos Gardel,
65 años después)

Todavía en Medellín
el cielo reconstruye
sus hojas de espuma
sus fibras de agua verde.
Al cielo se agregan
los ladrillos bermejos
las torres coloradas
las tejas de sustancia enrojecida
el óxido de la sangre cotidiana
el púrpura enredándose
en las lluvias que se mezclan
con un aire de violento metal.
En ese cielo menos alto
que la noche
polvo de aviones triturados abrazándose
cenizas de ropas y uñas guitarreras
harina de sombreros y lenguas cantadoras
pies enmuñonados de negro
todavía no reposan.
Y escamas de un pasaporte
con apellido y nombre destintados
con fechas revueltas
por el absurdo fuego
no dejan de flotar.
Un apellido solo casi
de extranjera madre duplicada
y un nombre extraído de hombre semental
que negara bautismos y registros
que ofendiera enaguas y entrepiernas
se escuchan en cada gota sonora
del cielo en Medellín.

Una avenida con ese usado nombre
y con ese inventado apellido ayuntándose
y una repetida figura como estatua
con la raíz de sus zapatos enredada
en un sedimento de flores populares
de esuelas suplicantes
de músicas mágicas
simplemente permanecen sobre el asfalto
-tan encendido tan mujerizado
tan varonizado tan entreterrestre-
del otro este otro
cielo en Medellín.

© Saúl Ibargoyen Islas
Medellín/México DF, VII/IX/2000

Saúl Ibargoyen

Poemas

Días de diciembre

(Para Alma Karla Sandoval)

Cada mes de diciembre
es un punto alejándose
del horizonte en espiral
donde ha nacido.
Y se abre así
como un racimo de cristales impuros
como una cifra de enveses y reveses
sin textura ni sustancia.
Cada semana de diciembre
libera gotas granos
granizadas goterones
burbujas de polvo
nichos de ceniza
como animales destinados
a otras geografías.
Cada día de diciembre
se hunde en relojes de barro
en almanaques sedientos
en estructuras de espesas rutinas.
Cada hora de diciembre
golpea con un signo de metal
la chirriante sombra
de las ciudades marchitas.
Cada minuto de diciembre
se ahoga entre decenas exactas
de segundos y fracciones
como insectos devorantes.
Cada diciembre de cada diciembre

se nutre de sí
consumiéndose en sí mismo
como un astro que envejece
en un resplandor
de fuego equivocado.
© Saúl Ibargoyen Islas

Saúl Ibargoyen

Poemas

Alguien pregunta:

(para Francis Mestries)

¿Es una palabra desorientada
medrando entre moléculas de tripas
o de inseguro papel?
¿Es un verbo suelto transitando
cristales sonoros enfriados por la luz?
¿Es un adjetivo despreciado
rumbeando su sombrío sonido
entre tinteros de poso abisal?
¿Es un simple adverbio arrastrándose
por las nervaduras de un verso paralítico?
¿Es un sustantivo aislado
que parece caminar
entre líneas silenciosas
o designaciones tardías?
¿Es un gerundio castigado
a gramática perpetua
por un eco de inmóviles resonancias?
¿Es un símbolo sin cáscaras
ni olores humanos
para deleite del poder
y confirmación de toda gloria?
¿Es una persona sin número
sin género sin piel sin aire
agarrándose al último signo
que todo lo interroga?
¿Qué es?
© Saúl Ibargoyen Islas

Saúl Ibargoyen

Poemas

Animales

Colgadas de cualquier frágil almanaque
las arañas se descalzan
y empiezan a tejer
las pálidas camisas
que sudaré mañana.
Y en el piso
de una apartadísima caverna
las cucarachas mezclan sombras
con el estiércol de dientudos pájaros:
ellas me preguntarán mañana
por qué estamos aquí.
Y las hormigas jadean
bajo la luz
de estos días inmóviles:
sus lomos crujen
como cueros quemados
como escamas en ardor:
ellas recogen pedazos de mi almuerzo
y preguntarán después
por qué el sol está ahí.
Y una polvorienta polilla escarba
su camastro nupcial
debajo del calor de fatigosas sábanas:
la hambruna de sus hijas comerá
de mi piel
y nadie habrá de medir
las hilachas destruidas:
ellas no tendrán que preguntar por mí.
Y caminan los escarabajos
entre las montañas desoladas:
su planeta de excreciones
se diluye en la chirriante tempestad:
ellos dirán la pregunta
que alguien tendrá que oír
en el otro tiempo de mañana.
Y buscan las moscas
sordas sustancias ardiendo

entre platos y cuchillos y gases cotidianos:
sus cachorros blancos nacerán
de las nuevas espumas
que mis salivas propias
ayudan a engendrar:
ellos no preguntarán
por el nombre completo
de los primeros ángeles
que habrán de sufrir.
Y las fieras ladillas
construyen su picoso hogar
en las bragas perfectas
de las reinas del mundo:
cuando inicien sus irritantes cacerías
ellas tal vez quieran preguntarme
por qué mis labios
no fueron a beber allí.
Y las mariposas se rascan
las alas de ceniza:
en su hocico se acumulan
iluminados coágulos
y moléculas de hiel
y se acoplan sin hipos ni suspiros
y dejan sus huevos en sitios alquilados
y no olfatean ninguna flor:
ellas querrán preguntarme
por qué rechazo diezmos y alcabalas
y por qué cada noche sueño
que no puedo biendormir.
Y aquel mosquito que vino
desde el agrietado Sur
con uñas lastimadas
por amarga arena
con plumas desteñidas
y antenas desquiciándose
con su colmillo único
revisando mi garganta:
¿habrá de preguntarme por qué
él también debe abrazarse a estas palabras
y luego
entre nadies y desnadies
desasido y despeinado
y animalmente tan solo
nada más morir?~
©Saúl Ibargoyen